

Estábamos sentados en uno de los bancos que daban la bienvenida al bosque. Dejamos el coche aparcado a la vista. El banco de madera con la pintura verde desgastada y las huellas de carcoma desprendía un peculiar olor a mojado. Parecía que en cualquier momento se caería bajo nosotros. Tenía la cabeza apoyada en mi padre, y él, acariciaba mi pelo con su mirada en blanco. Durante mucho tiempo no soltó ni una sola palabra.

En ese momento estábamos volviendo de un largo viaje en coche, de ver a mis abuelos. Interpreté que simplemente estaba cansado. Tras una súbita ráfaga de viento, dormido y sin poder diferenciar entre los distintos ruidos, mi padre empezó a murmurar algo con su ronca voz.

“A unos diez minutos caminando en esa dirección, está la casa dónde pasé mi infancia, hace más de cuarenta años.

Levanté mi cabeza de su pecho para intentar escuchar mejor.

“¿Los abuelos vivían ahí?”

“No, tu tío-abuelo. Los veranos pasaba muchos días que parecían eternos en su casa, corriendo por el campo que la rodeaba. Era una casa muy pequeña, pero eso era lo de menos para un niño.”

“Ah, nunca me has hablado de ello.”

“Fue una tragedia. Una tragedia muy lenta. Poco a poco los vecinos de ese minúsculo pueblo fueron desapareciendo, y la vegetación que ellos tanto cuidaron y mantuvieron en vida fue retomando todas esas casas.

Me contó que había una casa, la cual su antigua dueña cultivaba jazmines de invierno en unas macetas puestas en los bordes de sus ventanas. Cuando ella no fue vista nunca jamás, las amarillas flores cubrieron las ruinas de su casa. Esa planta parecía un alma desconsolada hacia alguien a quien añoraba con mucho cariño, extendiéndose por todo dónde podía.

La suave brisa de esa tarde batía los ya despeinados pelos de mi padre. Algún que otro cabello se veía desvanecer como la seca hoja de un árbol. Su cara blanca y sus labios secos. Mi padre desgraciadamente era un hombre demasiado sensible y guiado por la nostalgia.

Tuvo una infancia tranquila, pero una vez cumplidos los dieciocho, todo cambió. Se fue a la ciudad, se enamoró por primera vez y se casó a los pocos meses. Intentó acudir a varios seminarios, sobre todo de escritura, pero nunca mantuvo la motivación. A la vez, le gustaba mucho comentar y leer novelas de autores rusos. Maestro y Margarita era uno de sus favoritos, y del que más se le escuchaba hablar por casa. Hizo trabajos por todos los rincones posibles de la ciudad; en la barra de un desgastado bar alternativo, limpiando piscinas públicas de madrugada, llevando cajas de fruta y verdura de un punto a otro del mercado, etcétera. Siempre, desde su mudanza, sentía que su vida avanzaba demasiado rápido. En vez de intervenir y tomárselo poco a poco con calma, decidió dejarse llevar por las luces, los grandes edificios y la precariedad de esa vida. Alimentada, sobre todo, por una estricta rutina de dos cajetillas de cigarros al día y muchas tazas de café de cincuenta centavos. Por ello caminaba cansado y con la espalda tan curvada, su cuerpo quizá se arrepentía dentro de un mar interior de humillación. Se quedó marcado para siempre, mental y físicamente por igual.

Me tuvo con su segunda mujer, él apenas había cumplido los cuarenta-y-seis años. Mi madre era unos diez años más joven. La relación entre ellos era estrictamente intelectual. Ellos se deseaban de una forma idealista, con sus conversaciones basándose sobre todo en arte y literatura. Mi madre, profesora de secundaria, seguramente era mucho más inteligente que él. Se amaron por la pasión que despertaba discutir y contrastar constantemente ideas. Pero físicamente no llegaron a conectar o siquiera juntarse más allá de sus primeros meses de matrimonio. Quizá fuese por su estilo de vida, pero mi padre siempre se sintió diferente por sus problemas de deseo íntimo. Él veía a mi madre como un ídolo al cual perseguir o competir contra. Era abstracto y tóxico en cuanto a su forma de amar. Nuncio pudo verla más allá de la

concepción que él tenía de ella. No la quería aceptar en su totalidad; sus imperfecciones, sus deseos y su recurrente insensatez.

Llegaron a llevarse tan mal, en un desequilibrio de emociones, que cuando yo era aún pequeño, mi madre se marchó para siempre.

Cuando cumplí los cinco años, su vida se volvió aún más solitaria. Perdió todo contacto social con sus últimos amigos del trabajo y sólo se dedicaba a beber whisky barato y fumar puros con un desagradable aroma a vainilla. Su tos cada vez fue a peor.

Sí es verdad que mientras crecía me sentía querido y en gran parte entendía a mi padre. Siempre me enseñaba cosas nuevas, por muy mundanas que fueran. Cuando apenas sabía leer un libro, alrededor de los once años, me encomendó una tarea. Tenía que describir lo que más me interesaba, positiva o negativamente, del callejón dónde me hizo sentar. Él iba a unas manzanas más lejos a comprar tabaco, un desvío de la ruta típica que hacíamos hacia el colegio. En los quince minutos que estuvo ausente escribí sobre Lula, un sintecho bien conocido de nuestro barrio. Él, se encontraba estirado delante del gran ventanal de la carnicería, inadvertido de los halos de personas que circulaban en su interior. Sus tejanos color azul verdoso, los favoritos del grupo de moscas que merodeaba por sus pies.

No veía su cara en ese momento, pero me la imaginaba con su gran nariz asimétrica y ojeras que destacaban más que sus propios ojos exhaustos. Me daba bastante miedo. A la vez sentía que él solo fue abandonado por su familia. Lula simplemente estaba buscando la forma de volver atrás en el tiempo y tener una segunda oportunidad. En cambio, estaba solo y con el único propósito de navegar las calles de esa vieja ciudad hasta su fin.

Era inevitable que lo que yo consideraba bueno de mi padre fuese acompañado de horribles defectos. Muchas noches me quedaba abandonado en el descuidado apartamento donde vivíamos. Jugaba con sus viejas gafas de grandes cristales redondeados, mientras agarraba la cortina de la ventana que daba a la calle, esperando que en algún momento

pudiese por fin ver su figura aparecer de la oscuridad. Una época, se volvió adicto al juego y no volvía hasta el amanecer. Pensaba, sin entenderle, que el juego le aportaba los últimos deshechos de adrenalina que su viejo cerebro podía proporcionar. Aún así mantenía un mínimo de responsabilidad y solo lo hacía los fines de semana, cuando yo no tenía colegio, para no caminar solo la mañana siguiente.

Eventualmente, nos levantamos del banco. Estuvimos sentados alrededor de una hora. El temprano otoño ya dejaba mostrar sus colores. Las estrellas escondidas tras los últimos rayos de luz nos observaban en ese momento nostálgico. Las estrellas parecían sostener prejuicios sobre mi padre. El último rayo de sol de ese día me dio ganas de abrir los ojos para poder observar su belleza. En cambio, decidí mantenerlos cerrados, y escuchar los felices árboles agradecidos por la brisa y el rojizo sol. Esa brisa aceleró convirtiéndose en un frío viento nocturno. Nos mantuvimos quietos, de pie, con ganas de adentrarnos en el bosque.

BORRADOR

Hace un tiempo durante una fresca mañana de octubre, mientras afuera llovía, tuve la idea de ocupar un piso vacío de la gran estantería del salón. Para ello pensé en visitar la tienda de antigüedades ubicada en el centro del pueblo. La dueña, Teresa, recogía todo tipo de trastos que otros vecinos dejaban en las calles o en las basuras. Desde platos, muebles, portavelas o candelabros, hasta espejos, libros, postales y fotos. Siempre que acudía a su pequeño local, el olor a papel viejo junto con el de oxidado metal daban una cálida bienvenida. Aún si fuera hiciese sol, lluvia o nieve, su local estaba lleno de interesante parafernalia.

“Mi nieto Juan se ha vuelto a escapar de casa, este niño es demasiado impredecible.” Me comentó Teresa al entrar por la puerta tras saludarnos.

“¿Se ha vuelto a pelear con sus padres?”

“No, como decirlo... siempre está en un estado de agresión en la casa, eso cuando se hace ver al no estar encerrado en su habitación.”

“Quizá sea por las obligaciones que le fuerzan hacer sabiendo que no quiere nada que ver con la vida de pueblo.”

“No me gustaría creer eso, si de todas formas ya no le hacemos ayudar en los campos, ni siquiera para sacar las malas hierbas de los cultivos cuando está castigado. Parece más bien, que no encuentra un sentido a su existencia aquí; es cómo un pez fuera del agua. Se sentirá en una cárcel por haber nacido aquí y no en la ciudad. Sigue intentando escapar a otra vida, no sé muy bien dónde la encontraría.” Explicó la dueña.

“Entiendo, es algo normal con su edad.” Quise afirmar. “Yo era parecido, de otro contexto, eso sí. Siempre buscas algo nuevo para encontrar un mínimo de felicidad, hasta que nunca la encuentras. Te cansas y te rindes. Pero eso ya le vendrá más adelante.”

“Yo estoy muy contenta donde y como estoy.”

“Ya lo sé, Teresa.”

Me pareció un despropósito tener que hablar de la familia de la dueña. Siempre tenía alguna situación a comentar, por muy mundana y básica que fuese. Pienso que muchas cosas que le preocupan no hace falta discutir para entender que son completamente válidas. Juan, su nieto, simplemente estaba empezando a vivir, a buscar sus razones de ser, alejándose de las cadenas de su tradicional familia campesina.

Tras esa conversación, por fin pude dar una vuelta por todos los objetos que ofrecía Teresa desde la última vez que la visité. Llamó mucho la atención un portavelas de latón, color dorado apagado con óxidos grises por el deterioro. Estaba hecho de tal forma que dos figuras, sin poder identificarlas entre hombre o mujer, hacían el acto de sostener con sus cuatro manos juntas la vela de tu elección. Aunque sus figuras eran finas y delicadas, el material las hacía indestructibles. Por esa misma razón seguían ahí sin ninguna parte rota, más allá de lo estético.

“Tienes una caja de libros ahí atrás, no he tenido tiempo de revisar qué hay. La encontré en la calle Tramuntana, dónde las basuras. Están en buen estado, quizá haya algo de tu interés.” Me comentó Teresa sin mirarme, ocupada con sus quehaceres.

Dejé el candelabro tras asentir en un rincón que pudiese recordar y me dirigí al trastero. Por la puerta de esa descuidada habitación pasaba una fina brisa con olor a viejo, la corriente alimentada por una pequeña ventana que Teresa dejaba abierta con intención de ventilar todo el polvo que ahí se acumulaba constantemente.

Como la dueña tampoco valoraba mucho esa caja de libros, a mi parecer, la cogí por la base y tiré todos los libros en el suelo para inspeccionarlos sin perder el tiempo. Lo que más observaba a simple vista eran clásicos castellanos; Lope de Vega, Cervantes, Bécquer,

Machado... parecían un inusual recorrido de la época dorada española. Incluyendo algún que otro libro educativo que carecían de cualquier migaja de interés.

Tras un rato ojeando, noté que la ventana del trastero ya marcaba la entrada de la tarde. El tiempo parecía pasar muy rápido, las nubes se alejaban con una agilidad visible. El cielo ahora despejado se alzaba sobre los restos oro viejo y rojo cerezo de las pequeñas casas adosadas de los alrededores del local. Los pequeños remanentes de nubes reflejaban la intensidad de la luz del sol cansado. “Las nubes son cómplices”, pensé.

Durante ese trance, un último rayo de luz iluminaba un pequeño y corto libro en el suelo. No recordaba haberlo visto antes. Su portada estaba meticulosamente decorado con varios motivos florales. Mires por donde lo mires, daba una sensación de fresco renacimiento primaveral. Flores color violeta y blanco roto raspadas por el incansable paso del tiempo. De cierta forma irónica daban la entrada a varios cuentos enmarcados por ese desgastado papel que, a primera vista parecían melancólicos.

No logré encontrar un nombre que indicase el autor. No recuerdo exactamente las palabras, pero nada más empezar a leer sus letras sonaron abstractas y a la vez tristes. Recordaban a su manera la decadente importancia del hombre, como único ente consciente. Todo parecía lejano a cualquier contexto que me pudiese haber imaginado. Viejos pilares de este antiguo mundo despoblado por todo lo que pudiésemos nosotros llegar a comprender. Poco a poco se fueron derrumbando. A partir de ellos se ha formado todo; las montañas, los bosques, los ríos y todos nuestros sueños. Antes pensaba que solo nosotros podíamos llegar a conocer y adivinar nuestros propios pensamientos. Estaba equivocado, interpreté que había algo indescriptible que podía conocer todo cuanto pensáramos, sin tratarse de ningún dios con forma humana. Algo que lo conoce todo. Algo que nos llega a controlar en cuanto a nuestra forma de pensar, de ser y de comportarnos. Al fin y al cabo, este libro nos quería recordar mediante la belleza y simultáneamente el horror de lo desconocido, el hecho indiscutible de lo

efímera e insignificante que es nuestra vida realmente. Las garras de lo desconocido, podía quitarnos todo valor, integridad y razón de ser.

Pasé por el mostrador de Teresa y busqué con ansiedad visible unas cuantas monedas para pagar. Ya en casa, estuve un buen rato removiendo mis llaves hasta encontrar la correcta, me sentía algo desorientado, como si hubiese bebido de más la noche anterior. Tiré mi chaqueta sobre una de las sillas del comedor y me puse cómodo alimentándome de cerveza en cerveza. Coloqué el portavelas sobre la estantería. Su desgastado aspecto parecía revivir. Definitivamente, era su lugar perfecto. Era inmensurable la pena que me hacía sentir ese poema. El hombre inútil e iluso. Dejaba atrás la preconcepción propia que tenía de mí mismo, aclarando aún más la dejadez que mi vida tomaba cada vez más durante el día a día. Me sentía sin fuerzas. La oscura y fría noche ya asomaba temible sobre mi casa. La lámpara solitaria que me iluminaba pedía piedad para ser apagada. Tuve suficiente. Me obsesionaba fácilmente por cualquier cosa. El pasado se mantiene fuerte e indestructible, como un bello roble centenario... perro ahí se debe quedar, olvidado en el profundo bosque.

III

Me sometía a largas horas de aburrimiento tras estar de pie delante de mi escritorio dando vueltas en círculos. Habían días que no lograba hacer que mi cerebro funcionase. Durante un largo episodio de frustración con una de las interpretaciones que estaba realizando para el trabajo, decidí ir al único local del pueblo.

El local era pequeño pero acogedor, con las lámparas de pared tenues y escasas de protagonismo radiando con un color naranja intenso pero apagado. El suelo laminado tintando de un tono oscuro junto con las sillas y mesas contrastaban de las blancas paredes. Mi pasatiempo favorito al llegar al bar del pueblo era beber una botella de vino tinto y fumar hasta que mi boca se sentía horriblemente seca. En ese momento, aparte de mi presencia, además había una pareja comiendo en silencio sin mirar el uno al otro en ningún momento. Al lado de la cocina estaba la escalera que subía al apartamento dónde vivían los dueños. Periódicamente subía y bajaba la hija, María. Con actitud inquieta aún sin haber trabajado, subía las escaleras de dos en dos y las bajaba como si los zapatos le incomodasen los tobillos. Parecía un poco más joven que yo, quizá unos dos o tres años. Su despeinado y recogido pelo parecía querer escapar de la pinza que lo aguantaba. Su aspecto parecía resaltar aún más con los aromas y olores a especias y comida que surgían de la pequeña cocina y llenaban ese ya escaso ventilado ambiente. Parecía de forma no muy afortunada ser perfecta para trabajar en ese local.

Su actitud extremadamente amable sobresalía cada vez que pasaba por mi mesa preguntándome si quería algo más, cuando ya conocía la respuesta. De vez en cuando en una de estas ocasiones intercambiamos varias palabras sin ningún fin, solo para matar el tiempo los dos. Esa misma noche, para desconectar un poco de mi propio pensamiento en casa, la invité para tomar algo al día siguiente que ella no trabajaba.

Las últimas rosas se desvanecían marchitadas y tristes. Los árboles que envolvían los alrededores de mi casa esa mañana dejaban caer sus amarillas hojas que tanto disfrutaron el calor del verano. Mi pequeño salón estaba lleno de una espesa nube de humo de tabaco, ya que evitaba abrir la ventana para que no entrase el insoportable frío de noviembre. Pasaron unas horas de no hacer mucho hasta que ya era hora de vestirme para ver a María. La verdad, no tenía demasiadas ganas de salir de casa, estaba cómodo aunque fuese una actitud algo destructiva. De todas maneras, preferí no aburrirme más ese día.

Me puse las primeras prendas que me encontré tiradas por mi habitación; unos pantalones crema que desde que perdí peso me quedaban demasiado holgados, una camisa blanca con una pequeña mancha de algo parecido a aceite que lograba esconder si la ponía por dentro de los pantalones y mi abrigo de siempre de color marrón oscuro.

Fuimos a tomar algo, inevitablemente y por falta de más opciones, a la pequeña cafetería del pueblo, para evitar ir al bar donde ella trabajaba. Ya se hacía oscuro siendo más o menos las cinco de la tarde. Nos pedimos un café los dos y nos sentamos en una de las tres mesas que poseía ese lugar.

“¿Como va el trabajo?” Pregunté a María.

“Bien, como siempre. Últimamente no hay mucho que hacer, trabajamos menos pero a la vez ganamos menos. Después de cada verano la vida aquí se ralentiza a un ritmo excesivo.”

“Al menos parece que no estas demasiado aburrida.”

“Todo lo contrario. Cuando tengo libre no sé qué hacer. Tan acostumbrada a trabajar casi todo el día durante el verano... este descanso parece eterno.”

“Pienso que el aburrimiento es bueno, al final te permite pensar; sea en cosas de provecho o no.”

“Quizás tengas razón. He estado pensando en volver a dar clases.” Afirmó mirando al suelo.

“¿De qué?”

“De pintura, tengo educación en artes. El problema es que hace años que no hago nada relacionado. Cuando mi madre enfermó me dio mucha pena pensar en mi padre trabajando solo para mantener el local abierto. Al fin y al cabo único en el pueblo. Así que, vine al pueblo a ayudarles y así llevo ya tres años.” Me explicó María.

“Ahora ya están los dos bien, verdad?” Le pregunté.

“Si, pero siguen dependiendo de mi, estoy algo encerrada. Les va muy bien tener alguien que les ayude.”

Mientras hablaba, vi que sus ojos se deslizaban de derecha a izquierda lentamente.

“Acaba de pasar Carlos, un señor que pasa a menudo a pedir que le demos agua del grifo.”

Giré mi cabeza disimuladamente para ver de quién hablaba.

“Ya se ha ido.” Afirmó María al ver mi interés. “Lo considero un nómada, no creo que tenga un techo donde vivir, pero si que he escuchado que suele deambular de pueblo en pueblo. Me parece que le debe esta vida suya al desventurado hecho de perder el brazo izquierdo. Además era zurdo.”

“Pues no me suena haberlo visto nunca, y mira que tampoco suelen pasar muchas caras por este pueblo.” Le dije algo confuso.

“Siempre lleva una camisa a rayas tricolor; blanco, rojo y marrón. Combinada con unos pantalones blancos. Un abrigo largo negro de lana lo protege del frío en invierno. Lo que le falta de pelo lo compensa con un largo y descuidado bigote.”

Caminamos entre los olmos que suelen rodear las calles del pueblo, hasta un pequeño rincón próximo a la plaza central. Nos sentamos y me encendí un cigarro. Los árboles de la plaza, al parecer más afectados por los vientos fríos, estaban casi completamente desnudos, mostrando sus retorcidas ramas. Una brisa resonaba inquieta entre las ramas.

Realmente, aunque me lo hubiese pasado bien, no pensaba en volver a ver a María. Su mundo estaba demasiado comprimido en ese pequeño pueblo. Eso sí, era imperfectamente guapa; su nariz torcida complementaba sus claros y grandes ojos, que parecían que en cualquier momento saltarían de sus cuencas. Sus labios asimétricos con el inferior ligeramente hacia la derecha, creando la sensación de que esta guardando algo que decir constantemente. Accidentalmente, manche sus pantalones negros de ceniza. Reaccionando sin pensar, limpié sus pantalones con la mano. Escuche a María inhalar súbitamente de la vergüenza. Me quedé en blanco con la mano aún sobre su pierna. De pronto sentí su congelada mano agarrar mi cara, acercándola a ella. Nos besamos. Sentí cierta alegría durante un corto momento, pero después volví al vacío. Pensaba que estaba atraído por ella, pero en realidad era un sentimiento muy limitado y superficial. Su aliento con aroma a café se quedó marcado en mi mente durante unos días.

Tras ese incómodo momento, la estaba acompañando de vuelta a su casa. De camino una figura encorvada se veía dar vueltas alrededor de un árbol. A contraluz de una de las escasas farolas presentes en esa calle, de su sombra corta y erguida se extendía de vez en cuando una humareda. Al acercarnos María lo reconoció, era Carlos. Sin siquiera saludarnos miró con unas grandes ojos preparados para decirnos algo.

“Oh, la belleza de la noche, te sientes como si estuvieses nadando en la profundidad de un gran lago.” Dijo Carlos con inesperada emoción.

“¿Qué haces aquí a estas horas Carlos?” Le pregunto María.

Los grandes y amarillos dientes se iluminaron aún con la poca luz que había.

“Observar la luna, hoy brilla mucho... bueno, no importa. Estoy buscando a alguien.”

“¿A quién?”

“No sé exactamente el aspecto físico de esta persona, p... pero ahí hacía el monte alguien gritó mi nombre... ¡Carlos, Carlos, Carlos! Me avergüenza decirlo pero me ilusiona

que alguien me haya llamado con tanto interés por mi.” Balbuceaba Carlos. “Su voz era muy dulce aún gritando.”

No pude evitar sonreír, María y yo nos quedamos unos segundos sin palabras. Pensaba que se había ido la cabeza a Carlos, y que además no le tenía miedo a lo desconocido.

“Espero que tengas suerte y encuentres a esa persona.” Le dije antes de irnos.

Tras dejar a María en su casa volví a la mía. Estaba especialmente cansado así que me tumbé sobre mi desordenada cama tras desvestirme. Notaba algunos restos de tabaco esparcidos por el colchón que sin camiseta creaban un incómodo picor. Recordé la obsesión de mi difunto padre con el bosque donde creció. Esa obsesión alimentada por el aburrimiento de su ser era tal que quizá también escuchaba voces. La estática mirada junto con el destartado aspecto de Carlos iba y venía a mi mente mientras miraba el techo. Preocupado, pensé que la complejidad de su descuidada personalidad sustentada por el aburrimiento extrañaba la estabilidad. Igual que mi padre, buscaba volver al pasado. A la rutina ya inexistente, la que le hacía feliz y le mantenía ocupado. Ahora Carlos buscaba respuestas en lo desconocido. El arrepentimiento oprimido le atormentaba con sutileza, formando un hombre senil y loco frente los ojos del resto de la sociedad. Mi padre decayó de la misma manera, aunque él encontró el descanso mucho antes que Carlos.